

UNA MANERA DE PENSAR

Theodore Sturgeon

UNA MANERA DE PENSAR

Tendré que empezar con una o dos anécdotas que quizá ya me hayas oído contar pero que vale la pena repetir porque hablamos nada menos que de Kelley.

Me embarqué con Kelley cuando era un chico. Barcos cisterna que solían navegar sobre todo cerca de la costa: cargaban en algún sitio de la región del petróleo —Nueva Orleans, Aransas Pass, Port Arthur y sitios parecidos— y descargaban en puertos al norte de Hatteras. Ocho días en el mar, dieciocho horas en puerto, día más, hora menos. Kelley trabajaba como marinero raso durante mi turno, lo que era una risa; él sabía más sobre el mar que cualquiera entre la cocina y la popa. Pero mientras yo andaba por allí tropezando con mi cargo de marinero de primera, nunca me tomaba el pelo. Tenía un tranquilo y peculiar sentido del humor, pero nunca lo gratificaba probando lo evidente: que era dos veces más marinero que yo.

Kelley tenía muchas cosas fuera de lo común, la manera de mirar, la manera de moverse; pero la menos común de todas era su manera de pensar. Era como uno de esos extraterrestres sobre los que uno lee, que pueden pensar tan bien un ser humano pero no *como* un ser humano.

Por ejemplo, aquella noche en Port Arthur. Yo estaba sentado a la barra de un cafetín con una pelirroja llamada Red, tratando de no meterme en lo que no me importaba mientras miraba a una chica conocida como Boots, que estaba sentada sola junto a la máquina de discos. Esa chica, Boots, miraba la puerta y hacía rechinar los dientes, y yo sabía por qué y estaba preocupado. Es que Kelley la había estado viendo a menudo, pero en ese viaje había roto con ella y corría el rumor de que ahora tenía amores con una chica del bar de Pete: un rumor en el que no le resultaba nada agradable pensar. También sabía que Kelley vendría en un minuto porque había prometido encontrarse allí conmigo.

Y llegó, subiendo a la carrera el largo tramo de escaleras con la naturalidad de un gato, y al entrar por la puerta todo el mundo se calló, menos la máquina de discos, que por el sonido parecía asustada.

Sobre el hombro de Boots, en un pequeño estante, había un ventilador eléctrico. Tenía palas de cuarenta centímetros sin protector. En el instante en que Kelley apareció en la puerta, Boots se levantó como una víbora de una canasta, alargó la mano, agarró aquel ventilador del estante y se lo arrojó.

En cuanto a Kelley,, aquello bien podría haber ocurrido a cámara lenta. No movió los pies. Se torció hacia un lado, apenas, por la cintura, e hizo girar los anchos hombros. Oí con mucha claridad cómo tres de las puntas de aquellas sibilantes palas le tocaban un botón de la camisa, *ibip-bip-bip!*, y a continuación el ventilador chocaba contra la jamba de la puerta.

Entonces hasta la máquina de discos se calló. Todo estaba *tan* silencioso. Kelley no dijo nada, y los demás tampoco.

Ahora, si crees en la justicia del ojo-por-ojo y alguien te tira una máquina infernal, lo que harías es recoger esa cosa y arrojarla sobre el que te la tiró. Pero Kelley no piensa como

tú. No miró el ventilador. Miró a Bootes, que estaba pálida y con cara de loca, esperando la reacción de él.

Kelley atravesó la sala hasta donde estaba ella, rápido pero sin apresurarse, y la levantó de la mesa y la arrojó.

La arrojó al ventilador.

La muchacha chocó contra el suelo y se deslizó arrastrando el ventilador hasta que golpeó con la cabeza contra la jamba y salió girando a las escaleras. Kelley salió detrás, le pasó por encima y bajó las escaleras rumbo al barco.

Y hubo el momento en que subimos al barco una nueva rueda dentada para el cabrestante de estribor. El maquinista de cubierta dedicó todo el turno matutino a tratar de sacar la rueda del eje. Calentó el cubo. Lo martilló. Le puso cuñas. Usó un aparejo de poleas, y todo lo que logró fue romper un tornillo.

Entonces salió Kelley a cubierta, restregándose los ojos soñolientos, y echó un breve vistazo. Fue hasta el cabrestante, agarró una llave inglesa y sacó los cuatro tornillos que sostenían la caja protectora del eje. Entonces buscó un mazo de cinco kilos, lo levantó y lo descargó una sola vez. El mazo golpeó la punta del eje y el eje salió por el otro lado de la máquina como un torpedo que escapa del tubo. La rueda cayó en la cubierta. Kelley fue a la parte de delante para hacerse cargo del timón y no pensó más en el asunto, mientras la tripulación de cubierta lo miraba bizco. ¿Entiendes? Problema: sacar una rueda de un eje. Que, según Kelley, es: sacar el eje de la rueda.

Una vez, jugando al póquer, le vi descartarse dos parejas y sacar una decisiva escalera real. ¿Por qué el descarte? Porque se había dado cuenta de que la baraja estaba preparada. ¿Por qué escalera real? Sólo Dios sabe. Kelley recogió la apuesta —que era grande—, sonrió al tramposo y se fue.

Tengo muchas más historias como éstas, pero ya me entiendes. El tipo tenía una manera especial de pensar, eso es todo, y nunca le fallaba.

Perdí la pista de Kelley. De vez en cuando lo lamentaba; me había dejado una enorme impresión, y a veces pensaba en él cuando tenía que resolver algún problema difícil. ¿Qué haría Kelley? Y eso a veces me ayudaba y a veces no; y cuando no me ayudaba supongo que se debía a que yo no era Kelley.

Dejé el mar y me casé e hice todo tipo de cosas, y pasaron los años y la guerra vino y se fue, y una cálida noche de primavera fui a un sitio que conozco en la calle 48 Oeste porque tenía ganas de tomar tequila y allí siempre hay. ¿Y quién podría estar allí sentado terminando una enorme cena mejicana? No, no era Kelley.

Era Milton. Parece un estudiante de secundaria con dinero. Sus trajes siempre tienen ese corte, aunque son sobrios; y cuando está relajado transmite la sensación de haber sido aceptado en una asociación estudiantil que realmente le importa mucho, y cuando está preocupado uno siente ganas de preguntarle si ha vuelto a faltar a las clases. Resulta que es un excelente médico.

Estaba preocupado pero me saludó y me pidió por señas que me sentara con él en el reservado mientras terminaba de comer. Hablamos de cosas triviales y traté de invitarlo a tomar algo. Parecía realmente triste y dijo que no con la cabeza.

—Tengo un paciente dentro de diez minutos —dijo mirando el reloj.

—Pero estás cerca. Vuelve cuando termines.

—Tengo una idea mejor —dijo mientras se levantaba—. Acompáñame. Ahora que lo pienso, puede interesarte.

Agarró el sombrero y pagó a Rudy, y dijo «Hasta luego» en español y Rudy sonrió y dio una palmada a la botella de tequila. Rudy's, qué sitio tan agradable.

—¿Qué pasa con el paciente? —pregunté mientras subíamos por la avenida.

Por un rato pensé que no me había oído, pero finalmente dijo:

—Cuatro costillas rotas y fémur con fractura abierta. Hemorragia interior no muy grande que puede o no ser bazo roto. Necrosis del frenillo oral... al me. nos mientras quedó algo del frenillo.

—¿Qué es el frenillo?

—Esa pequeña tira de tejido que tienes debajo de la lengua.

—Agh —dije, tratando de tocarlo con la punta de la lengua—. Qué tipo más sano.

—Adherencias pulmonares —dijo Milton, pensativo—. No serías, seguramente no tuberculares. Pero duelen y sangran y no me gustan. Y acné rosácea.

—Ése es el que deja la nariz como un semáforo en rojo, ¿verdad?

—Para el que lo sufre no es tan divertido. Estaba impresionado.

—¿Qué fue? ¿La policía?

Milton dijo que no con la cabeza.

—¿Un camión?

—No.

—Cayó de algún sitio.

Milton se detuvo de repente, se volvió y me miró a los ojos.

—No —dijo—. Nada que se parezca a cualquier cosa que puedas imaginar. Nada —dijo, caminando de nuevo—, nada en absoluto.

Ante eso no dije nada porque no había nada que decir.

—Simplemente se acostó —dijo Milton— porque no tenía ganas de comer. Y una por una le fueron ocurriendo esas cosas.

—¿En *la cama*?

—Bueno —dijo Milton tratando de ser totalmente preciso—, cuando se le rompieron las costillas estaba volviendo del baño.

—Bromeas.

—No, no bromeo.

—Miente.

—Le creo —dijo Milton.

Conozco a Milton. No hay duda de que creía al hombre.

—Siempre leo cosas sobre trastornos psicósomáticos —dije—. Pero una fractura— de... ¿qué dijiste que era?

—Fémur. Es el muslo. Abierta. Sí, es raro. Pero puede ocurrir y ha ocurrido. Esos músculos son muy fuertes. Dan empujones de ciento veinte a ciento cincuenta kilos cada vez que uno sube las escaleras. En ciertas histerias espásticas rompen huesos con facilidad.

—¿Y qué me dices de todo lo demás?

—Todos son trastornos funcionales. No hay ninguna infección.

—Pues vaya si tiene cosas en la cabeza ese muchacho —dije.

—Sí, claro que sí.

Pero no pregunté qué. Oí cómo se cerraba la conversación, como si alguien le hubiera echado un cerrojo.

Entramos por la puerta apretada entre dos fachadas de tiendas y subimos tres tramos de escaleras. Milton alargó la mano para tocar el timbre pero la retiró sin hacerlo. Había un papel clavado en la puerta.

DOCTOR SALÍ A BUSCAR INYECCIONES ENTRE

La nota no estaba firmada. Milton hizo girar la manilla y entramos.

Lo primero que sentí fue el olor. No demasiado fuerte, pero tampoco el tipo de cosa que uno olvida fácilmente si tuvo que cavar una trinchera por donde habían enterrado a alguien una semana antes.

—Eso es la necrosis —masculló Milton—. Maldita sea. —Hizo un ademán—. Cuelga allí tu abrigo. Siéntate. Volveré pronto.

Entró en una habitación interior diciendo «Hola, Hal». Desde, dentro llegó como respuesta un murmullo sordo, y algo se me retorció en la garganta al oírlo, pues ninguna voz tan cansada debería sonar tan alegre.

Me quedé mirando el empapelado y esforzándome por no oír los gruñidos clínicos y las respuestas entre cansadas y alegres que venían de la otra habitación. El empapelado era horrible. Recuerdo un número en un club nocturno donde Reginald Gardiner solía hacer interpretaciones sonoras de empapelados. Ése, decidí, sonaría «Cuerpo a *llorar*... guau, guau; cuerpo a *llorar*... guau, guau», con voz débil y haciendo una arcada en la última sílaba. Había llegado a una unión especialmente torpe donde el papel destruía del todo su propio ritmo y sonaba «Guau guau cuerpo a *llorar*» cuando se abrió la puerta de entrada y me levanté con ese sobresalto de culpa total que uno siente cuando lo sorprenden en un sitio improbable sin explicación lógica y lúcida.

Con dos largas zancadas el hombre —alto, pies suaves, la cara y los rasgados ojos verdes en reposo— estuvo dentro de la habitación, y entonces me vio. Se detuvo como sobre muelles y amortiguadores, no de repente, totalmente controlado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No lo puedo creer —respondí—. ¡Kelley!

Me miró exactamente con la misma expresión que le había visto tantas veces.

—Que me lleve el diablo —dijo arrastrando las palabras para indicar que estaba aún más sorprendido que yo. Pasó el pequeño paquete que llevaba de la mano derecha a la izquierda y nos dimos la mano. La suya dio vuelta y media alrededor de la mía y aún le sobró lo necesario para hacer un nudo marinero—. ¿Dónde demonios has estado metido? ¿Cómo hiciste para rastrearme?

—Nunca te rastree —dije. (Mientras lo decía tomé conciencia de que siempre uso el lenguaje de las personas que me impresionan. Así que siempre me sorprendía hablando más como Kelley que el espejo de Kelley.) Tenía una sonrisa tan ancha en la cara que me dolía—. Me alegro de verte. —Como un idiota, le di otro apretón de manos—. Vine con el

doctor.

—¿Ahora eres médico? —dijo, preparándose para el asombro.

—Soy escritor —dijo con desprecio.

—Sí, algo oí —recordó. Entornó los ojos; como siempre, el efecto fue el de un rayo de reflector bien enfocado—. ¡Algo oí! —repitió con más interés—. Cuentos. Duendes y platillos voladores y cosas por el estilo. —Asentí. Sin ánimo de insultar, Kelley agregó—: Qué manera de ganarse la vida.

—¿Y tú?

—Barcos. Un poco de dique seco. Limpieza de tanques. Ajuste de brújula. Por un tiempo tuve un trabajo como ayudante de un inspector de seguros. Ya sabes.

Miré aquellas manos grandes que podían soldar o manejar el timón o calcular con la excelencia que yo conocía y me maravillé de que se considerase tan poco interesante. Con un esfuerzo volví al aquí y ahora e hice una señal con la cabeza hacia la habitación interior.

—Te estoy reteniendo.

—No. Milton sabe lo que hace. Si me necesita, pegará un grito.

—¿Quién está enfermo?

La cara se le oscureció como el mar cuando sopla el viento, brusca y profundamente.

—Mi hermano. —Me lanzó una mirada inquisitiva—. Está... —Entonces pareció controlarse—. Está enfermo —dijo innecesariamente, y se apresuró a agregar—: Pero ya se repondrá.

—Por supuesto —me apresuré a decir.

Tenía la sensación de que los dos mentíamos y que ninguno sabía por qué.

Milton salió riendo con una risa que se apagó en cuanto estuvo fuera del alcance auditivo del enfermo. Kelley se volvió hacia él con lentitud, como si la lentitud fuera la única alternativa a abalanzarse sobre el médico y arrancarle las novedades.

—Hola, Kelley. Oí que entrabas.

—¿Cómo está, doctor?

Milton levantó rápidamente la mirada, y sus ojos redondos y vivos chocaron con los entornados e intensos de Kelley.

—Tienes que tomarte esto con calma, Kelley. ¿Qué será de él si te derrumbas?

—Nadie se va a derrumbar. ¿Qué quiere que haga? Milton vio el paquete sobre la mesa. Lo levantó y lo abrió. Había un estuche de cuero y dos ampollas.

—¿Alguna vez usó de éstas?

—Antes de ser marinero estudió algo de medicina —dije de pronto.

Milton me clavó la mirada.

—¿Os conocéis?

Miré a Kelley.

—A veces pienso que lo inventé.

Kelley soltó un resoplido y me dio un golpe en el hombro. Por suerte yo tenía una mano apoyada en un estante. Aquella mano grande continuó el movimiento y sacó el estuche de la aguja hipodérmica de las manos del médico.

—Esterilice el émbolo y la aguja —dijo con voz soñolienta, como si estuviera leyendo—. Arme la jeringa sin tocar la aguja con los dedos. Para llenarla, pinche el diafragma y

tire del émbolo. Eche un pequeño chorro hacia arriba para quitar el aire y prevenir la embolia. Busque una vena principal en...

Milton se echó a reír.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero olvídate de la vena. Cualquier sitio sirve porque es subcutánea. Ya receté las cantidades exactas para los síntomas que podemos esperar. Kelley, no te adelantes a los acontecimientos. Y recuerda cómo salas el guiso. Que un poco sea bueno no significa que mucho sea mejor.

Kelley tenía aquella cara de distracción soñolienta que, por lo que yo recordaba, significaba que estaba registrando cada palabra como si fuera un grabador. Lanzó el estuche al aire, con suavidad, y lo atrapó.

—¿Ahora? —dijo.

—Ahora no —dijo el médico de manera concluyente—. Sólo cuando sea necesario.

Kelley parecía frustrado. De repente entendí que quería hacer algo, construir algo, luchar contra algo. Cualquier cosa menos quedarse allí sentado esperando a que la terapia produjera resultados.

—Kelley —dije—, cualquier hermano tuyo es... bueno, ya sabes. Me gustaría saludarlo si es...

Inmediatamente y al mismo tiempo Kelley y el médico dijeron en voz alta:

—Sí, claro, pero cuando se levante. —Y también—: Ahora mejor no, pues le acabo de dar un sedan...

Y de repente, con torpeza, los dos se callaron.

—Vamos a tomar ese trago —dije antes de que siguieran buscando más razones.

—Buena idea. Tú también, Kelley. Te hará bien.

—Yo no —dijo Kelley—. Hal...

—Lo dejé bien dormido —dijo sin rodeos el médico—. Te vas a quedar aquí dando vueltas y haciendo ruido hasta despertarlo, y necesita descansar. Ven con nosotros.

Con dolor, tuve que agregar a mis muchas imágenes mentales de Kelley la primera en la que estaba indeciso. No me gustó nada.

—Bueno —dijo Kelley—, me voy a fijar.

Desapareció. Miré la cara de Milton y rápidamente aparté la mirada. Estaba seguro de que no le gustaba que viese aquella expresión de lástima y angustia y desconcierto.

Kelley salió caminando en silencio, como hacía siempre.

—Sí, está dormido —dijo—. ¿Cuánto tiempo?

—Diría que por lo menos cuatro horas.

—Bueno, de acuerdo.

Del anticuado perchero sacó una vieja y gastada gorra negra de maquinista con un lustroso y loco visor de charol. Solté una carcajada. Los dos hombres se volvieron para mirarme, supongo que con fastidio.

Afuera, en el rellano de la escalera, expliqué.

—La gorra —dije—. ¿Recuerdas? Tampico.

—Ah —gruñó Kelley. Se la golpeó contra el antebrazo.

—La dejó en la barra de aquel bar sórdido —le conté a Milton—. Llegamos a la plancha del barco y la echaba de menos. No había más remedio que volver a buscarla y lo

acompañé.

—Tú llevabas una etiqueta de tequila en la cara —dijo Kelley—. Insistías en contarle al taxista que eras una botella.

—No hablaba inglés.

Kelley ensayó algo parecido a su vieja sonrisa.

—Pero entendió.

—Bueno —le dije a Milton—, cuando llegamos el sitio estaba cerrado. Probamos con la puerta principal y con las puertas laterales y estaban tan cerradas como Alcatraz. Hicimos tanto barullo que si había alguien dentro supongo que no se atrevería a abrir. Veíamos la gorra de Kelley allí sobre la barra. Nadie *iba* a robar aquella gorra.

—Es una buena gorra —dijo Kelley en tono ofendido.

—Kelley entró en acción —dije—. Kelley no piensa como los demás. Entornó los ojos y miró por la ventana hacia la pared de enfrente; después caminó alrededor del edificio, apoyó un pie en el montante de la esquina, metió los dedos por debajo de aquellas chapas corrugadas que usan. «Levantaré esto un poco» —dijo—. «Métete ahí dentro y tráeme la gorra.»

—Las chapas estaban clavadas una sí y una no —dijo Kelley.

—Dio un tremendo tirón —dije, riéndome entre dientes— y todo el lado se despegó del edificio, incluyendo el segundo piso. Jamás oí semejante trueno en mi vida.

—Recuperé la gorra —dijo Kelley. Soltó dos sílabas de una carcajada—. Todo el segundo piso era una casa de putas, y la única escalera cayó con la pared.

—El taxista huyó. Pero dejó el taxi. Kelley condujo hasta el barco. Yo no paraba de reír.

—Estabas borracho.

—Bueno, un *poco* —dije.

Caminamos juntos en silencio, contentos.

Sin que Kelley viese, Milton me dio un codazo en las costillas. Era un codazo elocuente y me agradó. Decía que hacía tiempo que Kelley no se reía. Durante todo ese tiempo no había pensado nada más que en Hal.

Supongo que tuvimos la misma sensación cuando, sin rastros de humor —era como si hubiera dejado que se apagara mi episodio para poder hacerse oír—, Kelley dijo:

—Doctor, ¿cómo está la mano?

—Se le va a curar —dijo Milton.

—Se la entablilló.

Milton soltó un suspiro.

—Está bien, está bien. Tres fracturas. Dos en el dedo medio y una en el anular.

—Vi que estaban hinchados —dijo Kelley.

Miré la cara de Kelley y miré la cara de Milton y ninguna me gustó, y me entraron ganas de estar en cualquier otro sitio, quizá en una mina de uranio, quizá preparando la declaración del impuesto a la renta.

—Hemos llegado —dije—. ¿Alguna vez estuviste en Rudy's, Kelley?

Kelley miró la pequeña marquesina amarilla y roja.

—No.

—Vamos —dije—. Tequila.

Entramos y buscamos un reservado. Kelley pidió cerveza. Yo me enfurecí y empecé a insultarlo con cosas que había oído en los muelles de aquí a Tierra del Fuego. Milton me miraba bizqueando y Kelley se miraba las manos. Después de un rato Milton empezó a anotar algunas expresiones en un recetario que sacó del bolsillo. Yo estaba muy orgulloso.

Kelley fue entendiendo poco a poco. Si yo quería pagar la cuenta y él no me dejaba, sus costumbres serían las de un pelele sin cojones, y su cariño por los antepasados sería considerable pero irreverente. Gané, y pronto tuvo delante un gigantesco plato combinado de tostadas de filete, enchiladas de pollo y tacos de cerdo. Se granjeó el cariño de Rudy pidiendo sal y limón con el tequila y dando cuenta de ella con impecable ritual: agarra el limón entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, lame el dorso de la mano izquierda, echa sal donde está mojada, levanta el tequila con la derecha, lame la sal, bebe el tequila, muerde el limón. Pronto estaba imitando al segundo oficial alemán que embarcamos una noche en Puerto Barrios y comió catorce plátanos verdes y los perdió por la borda junto con todos los dientes, entre sonidos guturales que nos hicieron partir de risa.

Pero después de la pregunta que hice en la calle sobre los dedos fracturados, Milton y yo no nos engañábamos, y aunque todo el mundo se esforzaba y el esfuerzo era loable, la risa ya no era lo profunda que tenía que ser ni duraba el tiempo necesario, y yo tenía ganas de llorar.

Todos comimos una enorme porción del pastel ruso hecho por la hermosa mujer rubia de Rudy: un pastel que se podía echar del plato agitando una servilleta... humo dulce con calorías. Y entonces Kelley exigió saber qué hora era y soltó una palabrota y se levantó.

—Sólo han pasado dos horas —dijo Milton.

—Igual quiero irme ya a casa —dijo Kelley—. Gracias.

—Espera —dije. Saqué un trozo de papel de la billetera y escribí en él—. Aquí tienes mi teléfono. Quiero volver a verte. Ahora trabajo por mi cuenta; soy dueño de mi tiempo. No duermo demasiado, así que llámame a la hora que quieras.

Kelley guardó el papel.

—No eres bueno —dijo—. Nunca fuiste bueno.

Por la manera en que lo dijo me hizo sentir bien.

—En la esquina hay un quiosco —dije—. Allí encontrarás una revista llamada *Amazing*, donde hay un cuento mío.

—¿Está impresa en papel de pulpa? —preguntó. Nos saludó con la mano, saludó a Rudy con la cabeza y salió.

Barri con la mano parte del azúcar que había en la mesa y lo amontoné hasta formar un cuadrado perfecto. Después de un rato metí hacia dentro los lados hasta que fue un rombo. Milton tampoco hablaba. Rudy, como suele ocurrir con él, tuvo suficiente sentido común como para no acercarse.

—Bueno, es evidente que eso le hizo bien —dijo Milton después de un tiempo.

—Sabes que no es así —dije con amargura.

—Kelley cree que pensamos que le hizo bien —explicó Milton pacientemente—. Y esa creencia le hace bien.

Ese razonamiento me hizo sonreír, y a partir de entonces fue más fácil hablar.

— ¿El chico se va a curar?

Milton esperó, como si de alguna parte pudiera llegar otra respuesta, que no llegó.

—No —dijo.

—Qué buen médico.

—¡No hagas esas bromas! —respondió. Me clavó la mirada—. Si éste fuera, digamos, uno de esos casos críticos de pleuresía, sin voluntad de vivir, yo sabría qué hacer. Por lo general esos pacientes deprimidos tienen un deseo tan violento y profundo de oír una voz tranquilizadora que los puedes sacar de su estado en un instante si encuentras las palabras justas. Y generalmente las encuentras. Pero Hal no es uno de éstos. Quiere vivir. Si no tuviera tantas ganas de vivir, habría muerto hace tres semanas. Lo que lo está matando es un puro trauma somático. Se le rompen los huesos uno tras otro, le dejan de funcionar o se le inflaman los órganos internos uno tras otro.

— ¿Quién le hace eso?

—Maldita sea, *¡nadie* le hace eso! —Me sorprendí mordiéndome el labio—. Si uno de nosotros dijera que lo está haciendo Kelley, el otro le daría un puñetazo en la boca, ¿verdad?

—Verdad.

—Para que eso no suceda —dijo Milton midiendo las palabras—, te diré lo que me vas a preguntar dentro de un minuto: ¿por qué no está en un hospital?

—De acuerdo, ¿por qué?

—Estuvo. Durante semanas. Y en todo el tiempo de encierro le siguieron pasando esas cosas, sólo que peor. Más, y más a menudo. Lo traje a casa en cuanto fue posible moverlo después de la rotura del fémur. Está mucho mejor con Kelley. Kelley le levanta el ánimo, le cocina, lo medica... toda la historia. Ahora Kelley no hace otra cosa.

—Me lo imaginaba. Debe de ser duro.

—Lo es. Ojalá tuviera tu habilidad para la invectiva. A ese hombre no se le puede prestar nada, no se le puede dar nada. ¿Orgullosos? ¡Dios mío!

—No tomes esto a mal, pero ¿has pedido otra opinión?

Milton se encogió de hombros.

—Mil y una. Y el noventa por ciento a espaldas de Kelley, cosa nada fácil. ¡Las mentiras que le he contado! Es imprescindible que Hal coma un melón persa especial que alguien recibe en una pequeña frutería de Yonkers. Y allá va Kelley, y mientras tanto yo tengo que acorralar a dos o tres médicos y hacer que vengan a ver a Hal y se vayan antes de que vuelva Kelley. O Hal necesita un medicamento especial y yo arreglo con el farmacéutico para que tarde dos horas largas en prepararlo. Así, Hal recibió la visita de Grundage, el osteópata, pero el viejo Ancelowics, el farmacéutico, se ganó un puñetazo en las costillas por la demora.

—Milton, lo que haces está muy bien.

Milton me soltó un gruñido. Después siguió hablando sin levantar la voz.

—Nada de eso le ha hecho efecto. He aprendido toda una enciclopedia de palabras sabias y algunos trucos terapéuticos que no sabía que existían. Pero... —Sacudió la cabeza—. ¿Sabes por qué Kelley y yo no te dejamos conocer a Hal? —Se humedeció los labios y

buscó un ejemplo—. ¿Recuerdas las fotos del cadáver de Mussolini cuando la turba aquella terminó su trabajo?

Me estremecí.

—Las vi.

—Bueno, ése es el aspecto que tiene, sólo que está vivo, lo que no lo hace más agradable. Hal no sabe lo grave que está, y ni Kelley ni yo correríamos el riesgo de permitir que se viera reflejado en la cara de otra persona. Yo no sería capaz de mandar un indio de madera a aquella habitación.

Empecé a golpear la mesa, tocándola apenas, pegando cada vez con más fuerza hasta que Milton me aferró la muñeca. Entonces me di cuenta de que los ojos de la gente que había en el lugar me estaban mirando, y me paralicé. Poco a poco, el restaurante fue recuperando su ruido normal.

—Lo siento.

—Está bien.

—¡Tiene que haber alguna razón!

Los labios de Milton dibujaron una sonrisa ácida.

—Así que al final llegas a esa conclusión, ¿verdad? Siempre hay una razón para todo, y si no la conocemos podemos encontrarla. Pero un solo ejemplo de verdadera sinrazón basta para poner en duda todas nuestras creencias. Y entonces el miedo crece más que el caso en cuestión y se extiende a todo un universo de conceptos que llevan la etiqueta de «no demostrados». Te hace ver, más que nada, lo poco que creemos en todo.

—¡Eso sí que es filosofía barata!

—Por supuesto. Si tienes una solución mejor para un caso como éste, te la acepto y te aplaudo. Mientras tanto seguiré pensando en ésta y asustándome más de lo que debería.

—Emborrachémonos.

—Maravillosa idea.

Ninguno de los dos pidió nada. Nos quedamos allí sentados mirando el rombo de azúcar que yo había hecho sobre la mesa.

—¿Kelley no tiene ninguna idea acerca del problema? —dije después de un rato.

—Conozco a Kelley. Si tuviera una idea estaría trabajando en ella. No hace otra cosa que quedarse allí sentado mirando cómo el cuerpo de su hermano se cuece y se hincha como levadura en una cuba.

—¿Y Hal?

—Ya no está lúcido. Al menos si yo puedo impedirlo.

—Pero quizá él...

—Mira —dijo Milton—, no quiero parecer un maniático ni nada por el estilo, pero no estoy en condiciones de soportar un montón de preguntas como... —Se interrumpió, sacó el pañuelo de adorno, lo miró y lo guardó—. Lo siento. Parece que no entiendes que no me hice cargo de este caso ayer. Llevo dedicándole todos mis esfuerzos desde hace tres meses. Ya he pensado todo lo que aún no se te ha ocurrido. Sí, interrogué a Hal del derecho y del revés. Nada. Na-da.

Esa última palabra se estiró de una manera tan rara que levanté la vista bruscamente.

—Cuéntame —exigí.

—¿Qué quieres que te cuente?

De repente consultó el reloj. Yo se lo tapé con la mano.

—Vamos, Milt.

—No sé qué quieres... Maldita sea, déjame en paz. Si hubiera algo importante, yo lo habría investigado hace tiempo.

—Cuéntame el algo que no es importante.

—No.

—Dime por qué no quieres contármelo.

—Maldita sea, claro que te lo diré. Es porque eres un chiflado. Eres un tipo agradable y me caes bien, pero eres un chiflado. —De repente soltó una carcajada, que me golpeó como el destello de una lámpara—. ¡No sabía que podías poner esa cara de asombro! —dijo—. Ahora tranquilízate y escúchame. Un tipo sale de un asador y pisa un clavo oxidado, y va y se muere de tétanos. Pero tu vegetariano chiflado jurará y perjuraré que el hombre seguiría vivo si no hubiera envenenado su organismo con carne. Y usa la muerte para probar su teoría. El eterno abstemio dirá que el mismo muerto es víctima de John Barleycorn¹ si se entera de que el hombre ha tomado una cerveza con el bistec. Esa muerte se puede atribuir ardientemente y sin reservas al divorcio del hombre, a su religión, a su filiación política o a una mancha hereditaria de su tatarabuelo que trabajó para Oliver Cromwell. Eres un tipo agradable y me caes bien —volvió a decir—, y no me voy a quedar aquí de brazos cruzados viendo cómo haces tu número de chiflado.

—No sé —dije despacio y pronunciando bien las palabras— de qué demonios estás hablando. Y ahora *tendrás* que contarme.

—Supongo que sí —dijo con tristeza. Aspiró hondo—. Tú crees en lo que escribes. No —se apresuró a decir—, no te lo estoy preguntando, te lo estoy diciendo. Tú creas todos esos relatos de fantasía y de terror y te los crees a pies juntillas. Más aún, prefieres creer en lo estrafalario y en lo llamado incognoscible antes que en lo que yo llamo cosas *reales*. Crees que hablo por hablar.

—Sí —dije—, pero continúa.

—Si te llamara mañana y te dijera con gran alegría que han aislado un virus relacionado con la enfermedad de Hal y están preparando un suero, te alegrarías tanto como yo, pero por dentro te preguntarías si eso estaría de veras relacionado con la enfermedad de Hal, o si el suero sería realmente eficaz para curarlo. Si por otra parte te confesara que he encontrado dos pequeños agujeros en la garganta de Hal y un remolino de niebla saliendo de la habitación... ¡Dios mío! ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Ya te brillan los ojos!

Me tapé la cara.

—No permitas que te haga callar —dije con frialdad—. Dado que no vas a admitir lo de los agujeros de Drácula, ¿qué vas a admitir?

—Hace un año Kelley le regaló algo a su hermano. Un feo muñeco haitiano. Hal lo conservó durante un tiempo para hacerle muecas y después se lo regaló a una chica. Tuvo problemas muy grandes con esa chica, que lo odia, lo odia de verdad. Por lo que todo el

¹ Personificación del grano de cebada, en inglés *barleycorn*, con el que se elaboran bebidas alcohólicas. (N. del T.)

mundo sabe, ella todavía conserva el muñeco. ¿Ahora estás contento?

—Contento —dije indignado—. Pero Milt... Tú no pasas por alto el asunto ese del muñeco. Podría ser fácilmente la base de... ¡Eh, siéntate! ¿Adónde vas?

—Te dije que no me sentaría a la mesa con un maldito aficionado. Cuando llega la afición se va la razón.

Milton retrocedió.

—Espera. Claro que te vas a sentar. Lo agarré por las solapas.

—Nos sentaremos los dos —dije con suavidad—, o te demostraré que he llegado al fin, de la razón.

—Sí, señor —dijo Milton con afabilidad, y se acomodó en la silla. Me sentí un imbécil. Los ojos dejaron de brillarle y se inclinó hacia adelante—. Quizá ahora escuches en vez de irte por las ramas. Supongo que sabrás que en muchos casos el muñeco de vudú funciona, ¿y sabes por qué?

—Bueno, sí. No pensé que llegarías a admitirlo. —Aquella mirada de piedra no me respondió, y finalmente comprendí que en estos temas, ante un médico serio y progresista, la pose de autoridad de un escritor de literatura fantástica está condenada al fracaso. De manera mucho menos concluyente, dije—: Todo se reduce a una cuestión de realidad subjetiva, o a lo que algunas personas llaman fe. Si crees con firmeza en que la mutilación de un muñeco con el que te identificas tendrá como resultado tu propia mutilación, bueno, eso precisamente es lo que ocurrirá.

—Eso y muchas otras cosas que hasta un escritor de relatos de terror podría descubrir si investigara en cualquier parte menos en su imaginación. Por ejemplo, existen hoy unos árabes en el norte de África a quienes uno no se atreve a insultar de ninguna manera que ellos consideren importante. Si se sienten heridos, amenazan con morir, y si se los pone en evidencia se sientan, se tapan la cabeza y *mueren*. Hay fenómenos psicosomáticos como los estigmas, o heridas de la cruz, que aparecen de vez en cuando en las manos, los pies y los pechos de personas excepcionalmente devotas. Sé que tú sabes mucho de esto —agregó de pronto, aparentemente al ver algo en mi expresión—, pero no te voy a sacar la rodilla del pecho hasta que admitas que soy por lo menos capaz de tomar en consideración una cosa como ésta y encontrarle la causa.

—Nunca en mi vida te había visto —dije, y en un sentido importante decía la verdad.

—Bien —dijo Milton con considerable alivio—. Ahora te contaré lo que hice. Ataqué este episodio del muñeco casi con el mismo desenfreno que tú. Salió al final del interrogatorio porque aparentemente *no tenía ninguna importancia* para Hal.

—Ah, sí, pero el subconsciente...

—¡Calla! —Me metió un índice sorprendentemente afilado en la clavícula—. Soy yo, y no tú, quien está contando esto. No rechazo la idea de que en el subconsciente de Hal se oculte una profunda creencia en el vudú, pero si así fuera no sé por qué los barbitúricos y la asociación de palabras y la hipnosis ligera y profunda y otra media docena de terapias no consiguen ni un mínimo indicio. Aceptaré eso como prueba de que no tiene esa convicción. Me parece que por tu expresión tendré que volver a recordarte que he investigado este asunto de más maneras y durante más tiempo y con más herramientas que tú... y dudo de que sea menos importante para mí que para ti.

—Sabes, me voy a callar —dije en tono lastimero.

—Ya era hora —dijo Milton, sonriendo—. No, en todos los casos de daño o muerte por vudú tiene que haber ese elemento de ferviente fe en los poderes de la bruja o del brujo, y a través de ese elemento, una sensación total de identificación con el muñeco. Otra cosa que ayuda es si la víctima sabe qué tipo de daño sufre el muñeco: aplastamiento, alfileres clavados o lo que sea. Y te puedo asegurar que Hal jamás recibió esa información.

—¿Y el muñeco? Para estar totalmente seguros, ¿no deberíamos recuperarlo?

—Lo pensé. Pero no se me ocurre ninguna manera de conseguirlo sin convertirlo en algo valioso para la mujer. Y si ella cree que es valioso para Hal, no lo veremos *nunca* más.

—Ajá. ¿Quién es ella y qué es lo que la tiene tan rabiosa?

—Es una mujer desagradable y vacía. Tuvo un enredo con Hal durante un tiempo: nada serio, al menos por parte de él. Él es... él es un chico grande y bueno que piensa que la única gente malvada es la que matan al final de la película. Kelley estaba embarcado en ese momento, y al volver encontró a ese pequeño vampiro sacándole a Hal todo lo que podía, primero con la lástima y después con amenazas. El viejo juego del chantaje. Hal simplemente estaba desconcertado. Kelley le tomó la palabra de que nada había ocurrido entre ellos, y después obligó a Hal a actuar con dureza. La mujer lo desafió y terminaron en los tribunales. Consiguieron que se le hiciese un examen físico, y salió de allí humillada. No estaba esperando ningún hijo de nadie. jamás le ocurrirá. juró vengarse. No es inteligente y le faltan medios y educación, pero eso no le impide comportarse de manera patológica. No tiene ningún problema para odiar.

—Oh. La has visto.

Milton se estremeció.

—La he visto. Traté de sacarle todos los regalos que le había hecho Hal. Tuve que pedírselos todos porque no me atreví a hacer la lista. Quizá te sorprenda saber que lo único que yo quería era aquel muñeco. Por las dudas, sabes... aunque estoy moralmente convencido de que esa cosa no tiene nada que ver. ¿Ahora te das cuenta de lo que quiero decir con eso de un solo ejemplo de sinrazón?

—Creo que sí.

Me sentía disgustado y deprimido y no me gustaba esa sensación. He leído demasiados relatos donde el científico carece de imaginación para resolver un enigma. Había sido fantástico sentirse superior a un tipo tan brillante como Milton.

Salimos de allí y por primera vez percibí la atmósfera de una noche sin sentir que un autor me imponía algo por razones narrativas. Miré el limpio y altivo cubismo de la zona de Radio City y sus vivas serpientes de neón, y de repente pensé en un cuento de Evelyn Smith cuya idea era más o menos ésta: «Cuando descubrieron que la bomba atómica era magia, los demás magos que encantaban refrigeradores y lavadoras y el sistema telefónico salieron a la luz. » Sentí una bocanada de viento y me pregunté qué sería aquello que la había exhalado. Oí los ronquidos de la ciudad y por un impresionante momento sentí que iba a darse la vuelta, abrir los ojos y... *hablar*.

En la esquina le dije a Milton:

—Gracias. Me has dado una paliza. Creo que la necesitaba. —Lo miré—. Por Dios, me gustaría encontrar algún detalle en el que hayas cometido alguna torpeza.

—Ojalá lo encontraras —dijo Milton con seriedad.

Le di una palmada en el hombro.

—¿Ves? Le quitas todo el encanto.

Subió a un taxi y yo eché a andar. Caminé mucho aquella noche, sin rumbo fijo. Pensé muchas cosas. Cuando llegué a casa estaba sonando el teléfono. Era Kelley.

No te voy a contar con pelos y señales aquella conversación con Kelley. Hablamos en la pequeña habitación delantera del sitio que había alquilado al enfermarse Hal y que no era el apartamento de Hal, y hablamos toda la noche. Lo único que me reservo es el relato por parte de Kelley de cosas que ya sabes: que estaba muy apegado al hermano, que ya no se hacía ilusiones con su salud, que buscaría al culpable y se ocuparía de él a su manera. Un hombre fuerte tiene derecho a perder el control si lo necesita, y a hacerlo donde y con quien decida, y esa reacción no es más que una expresión de fortaleza. Pero cuando sucede en un sitio silencioso y enfermo, donde hay que mantener siempre en el aire la idea de la esperanza, cuando palpita el pecho y hay que tener bien abierta la garganta para sollozar en silencio y que el moribundo no se entere, describir esas cosas en detalle no resulta nada agradable. Sean cuales sean mis sentimientos profundos por Kelley, hay que respetar sus emociones y expresiones.

No obstante, conocía el nombre de la muchacha, y sabía dónde vivía. No la consideraba culpable. Pensé que podía tener una sospecha, pero resultó ser sólo la certeza de que aquello no era una enfermedad, que no era un problema interno, subjetivo. Si un enorme odio y una enorme determinación pudieran resolver el problema, Kelley lo resolvería. Si la investigación y la lógica pudieran resolverlo, Milton lo resolvería. Si yo pudiera hacerlo, lo haría.

Guardaba sombreros en un sórdido club donde Brooklyn y Queens, en un remoto encuentro, deciden presentarse como Long Island. El contacto fue fácil. Le di mi abrigo de entretiem po con la etiqueta hacia afuera. Es una buena etiqueta. Cuando se dio la vuelta para llevarlo a guardar la llamé y con voz de borracho le pedí que me diera el billete que había en el bolsillo derecho. Lo encontró y me lo entregó. Era de cien.

—Esos malditos taxis nunca tienen cambio —mascullé, y agarré el billete antes de que el asombro de la mujer se transformara en prestidigitación. Saqué la billetera y lo metí en ella arrugándolo, con suficiente torpeza como para mostrar los otros dos de cien; después guardé la billetera en el bolsillo delantero de la chaqueta, de tal manera que resbaló y cayó al suelo mientras yo me alejaba. Regresé antes de que ella pudiera levantar el mostrador con bisagras y abalanzarse sobre ella. La recogí y ensayé una sonrisa tonta.

—Siempre pierdo así las tarjetas —dije. Entonces la enfoqué mejor—. Eh, ¿sabes una cosa? Eres guapa. ¿Cómo te llamas?

—Charity —dijo ella—. Pero no te hagas ilusiones.²

Llevaba tanto maquillaje que no le pude ver el cutis. Se inclinó tanto sobre el mostrador que le vi manchas de lápiz de labios en el sujetador.

² Charity, «caridad», y también «organización benéfica». (N. del T.)

—Todavía no tengo una organización benéfica favorita —dije—. ¿Trabajas aquí todo el tiempo?

—De vez en cuando me voy a casa —dijo.

—¿A qué hora?

—A la una.

—Se me ocurre una idea —le confió—. Encontrémonos delante del bar a la una y cuarto y veamos quién sostiene a quién.

Sin esperar respuesta metí la billetera en el bolsillo trasero para que se apoyara en ella la chaqueta. Mientras iba hacia el comedor sentí que se le clavaban los ojos de la muchacha: dos ardientes y brillantes hongos asados. También estuve a punto de perderla a manos del maitre cuando chocó conmigo.

Allí estaba ella, con una piel amarillenta alrededor del cuello y tacones que podrían perforar un tablón de pino. Estaba cargada hasta los codos de tintearte, cromo y latón, y cuando entramos en el taxi se me tiró encima con la boca abierta. No sé de dónde saqué los reflejos pero bajé de golpe la cabeza y la golpeé en el pómulo con la frente, y cuando chilló indignada dije que se me había vuelto a caer la billetera y se puso a ayudarme sin rechistar. Empezamos a recorrer sitios para trasnochadores, uno tras otro, todos elegidos por ella. Le ponían jerez en un vaso de whisky y traían siempre el doble y aumentaban escandalosamente las cuentas. Una vez di a un camarero una propina de ocho dólares y ella escamoteó el billete de cinco. Una vez me quitó la libreta de cuero del bolsillo superior de la chaqueta creyendo que era la billetera, que a esas alturas estaba bien guardada en los calzoncillos de punto. Lo que sí consiguió fue un gemelo esmaltado, y mi pluma estilográfica. En general, aquello fue un verdadero duelo. Yo estaba cargado hasta los ojos de clorhidrato de tiamina y de citrato de cafeína, que sin embargo no impidieron que se colase una respetable cantidad de alcohol, pero yo no podía hacer más. Sin embargo, resistí, y obstaculicé todos sus esfuerzos hasta que no tuvo más remedio que llevarme a casa. Estaba furiosa y casi no hacía nada por ocultarlo.

Subimos apoyados uno en el otro por las escaleras apenas iluminadas por la luz del amanecer, pidiéndonos silencio por señas, ambos mucho más sobrios de lo que aparentábamos, prometiendo lo que no pensábamos dar. Logró abrir la puerta y me invitó a pasar.

No esperaba que aquello estuviese tan arreglado. Ni tan frío.

—Yo no dejé la ventana abierta —dijo quejosamente. Atravesó la habitación y la cerró. Se apretó la piel alrededor del cuello—. Esto es espantoso.

Era una habitación larga, de techo bajo, con tres ventanas. En un extremo, tapada por una persiana veneciana, había una kitchenette. La puerta que se veía al lado debía de ser la de un baño.

La mujer fue hasta la persiana y la levantó.

—Calentaré esto en un minuto —dijo.

Miré la kitchenette.

—Eh —dije mientras ella encendía el pequeño horno—, café. ¿Qué te parece si tomamos un café?

—Ah, muy bien —dijo ella, desanimada—. Pero no levantes la voz, ¿de acuerdo?

—Shhh.

Me llevé el dedo índice a los labios. Me puse a recorrer la habitación. Toca discos y discos baratos. Televisor de pantalla pequeña. Sofá cama grande, de dos plazas. Biblioteca sin libros, sólo perros de porcelana. Se me ocurrió que su manera de abordar, tan poco sutil, no le daba los resultados que deseaba.

Pero ¿dónde estaba la cosa que yo andaba buscando?

—Oye, quiero empolvarme la nariz —anuncié.

—Allí —indicó ella—. ¿No puedes bajar un poco la voz?

Fui al cuarto de baño. Era diminuto. Había una bañera recortada con una estructura circular encima, de la que colgaba una cortina de ducha horriblemente alegre, con grandes rosas rojas. Cerré la puerta a mis espaldas y abrí con cuidado el botiquín. Lo de, siempre. Lo cerré con cuidado para que la puerta no hiciera ruido. Un estante empotrado para toallas.

Tiene que haber un armario en la habitación principal, pensé. Caja de sombreros, baúl, maleta, quizá. ¿Dónde pondría yo un muñeco maldito si estuviera haciéndole un maleficio a alguien?

No lo escondería, me respondí. No sé por qué, pero lo pondría a la vista...

Abrí la cortina de la ducha y la cerré. Cortina redonda, bañera cuadrada.

—¡Sí!

Volví a apartar del todo la cortina y allí, en el rincón, a la altura de los ojos, había un estante triangular. Agrupados encima se veían unas figuras aparentemente hechas con cera. Tres tenían mechones de pelo pegados con una vela derretida. La cuarta era calva, pero tenía astillas de una sustancia córnea clavadas en los extremos de los brazos. Trozos de uñas.

Me quedé un momento pensando. Entonces agarré el muñeco calvo y me volví hacia la puerta. Verifiqué mi aspecto, tiré de la cadena, saqué una toalla, la sacudí y la arrojé sobre el borde de la bañera. Después salí tambaleándome.

—Mira, querida, lo que encontré. ¿No te parece bonito?

—¡Shh! —dijo la mujer—. Basta de gritar. Deja eso donde estaba, por favor.

—Sí, pero ¿qué es?

—Nada que te interese. Vamos, ponlo donde estaba.

Le hice un gesto admonitorio con el dedo.

—No te estás portando bien conmigo —me quejé.

Con evidente esfuerzo, la mujer logró armarse de algo de paciencia.

—Son unos muñecos que tengo por ahí. Dámelo.

Lo alejé de su alcance.

—Muy bien, ¿no quieres ser agradable conmigo! Cerré la chaqueta como pude y empecé a abotonármela con torpeza, sin soltar la figura.

La mujer suspiró, puso los ojos en blanco y se me acercó.

—Vamos, papito. Tomemos una taza de café y dejémonos de pelear.

Alargó la mano hacia el muñeco pero yo volví a ponerlo fuera de su alcance.

—Me tienes que contar —dije con un mohín.

—Es algo personal.

—Me gustan las cosas personales —le advertí.

—Muy bien —dijo—. Una vez tuve una compañera de habitación que hacía esas cosas. Haces el muñeco, me decía, y supongamos que tú no me gustas y consigo algo tuyo, pelo o trozos de uña o lo que sea. Digamos que te llamas George. ¿Cómo te llamas?

—George —dije.

—De acuerdo, te llamaré George. Entonces le clavo alfileres. Eso es todo. Dámelo.

—¿Quién es éste?

—Ése es Al.

—¿Hal?

—Al. Tengo uno llamado Hal. Está allí. Es al que más odio.

—Ah, sí. Bueno, ¿y qué les pasa a Al y a George y a todos los que les clavas alfileres?

—Supongo que se enferman. Que hasta se mueren.

—¿De veras?

—No —dijo con franqueza directa y total—. Ya te dije que no es más que una especie de juego. Si funcionara puedes estar seguro de que Al moriría desangrado. Es el encargado de la charcutería. —Le entregué el muñeco y ella lo miró pensativa—. A veces me gustaría que funcionase. A veces casi lo creo. Les clavo alfileres y ellos *gritan*.

—Preséntame —le exigí.

—¿Qué?

—Preséntame —dije.

Tiré de ella hacia el baño. La mujer soltó un quejido de impaciencia pero me acompañó.

—Éste es Fritz y éste es Bruno y... ¿dónde está el otro?

—Quizá cayó detrás de la... —La mujer se arrodilló al borde de la bañera y se inclinó hacia la pared para mirar detrás. Volvió a ponerse de pie con la cara enrojecida por el esfuerzo y la rabia—. ¿A qué estás jugando? ¿Me estás tomando el pelo o qué?

Abrí los brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos —dijo ella entre dientes. Me palpó el abrigo, la chaqueta—. Lo escondiste en algún sitio.

—No, no escondí nada. Sólo había cuatro. —Los señalé—. Al y Fritz y Bruno y Hal. ¿Cuál es Hal?

—Ése es Freddie. Me dio veinte dólares y me sacó veintitrés del bolso, el muy asqueroso... Pero Hal no está. Era el mejor de todos. ¿*De verás* no lo escondiste?

Entonces se dio una palmada en la frente.

—¡La ventana! —dijo, y corrió a la otra habitación. Yo estaba en cuatro patas mirando debajo de la bañera cuando entendí lo que ella acababa de decir. Eché una última mirada alrededor y después la seguí. Estaba de pie junto a la ventana, protegiéndose del sol con la mano y mirando hacia afuera—. Qué te parece. ¡Imagina si alguien golpeará a una cosa como ésa!

Sentí que en el plexo solar me nacía una angustiosa sensación de pérdida.

—Ah, no importa. Haré otro muñeco para ese Hal. Pero nunca podré hacer uno tan feo —agregó con nostalgia—. Vamos, el café está... ¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

—Sí —dije—. Me siento mal.

—De todo lo que podían haber robado, mira lo que se llevaron —dijo desde la kitchenette—. ¿Quién crees que puede haber hecho semejante cosa?

De repente supe quién podía haberlo hecho. Descargué un puño en la palma de la mano y me eché a reír.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

—Sí —dije—. ¿Tienes teléfono?

—No. ¿Adónde vas?

—Afuera. Adiós, Charity.

—Eh, espera, cariño. Ahora te tengo preparado el café.

Abrí de golpe la puerta. Ella me agarró de la manga.

—¡No puedes irte ahora así! ¿No tienes algo para Charity?

—Ya lo conseguirás mañana cuando salgas a dar vueltas por ahí, si no te quedas con resaca de todos esos vasos de jerez —le dije de buen humor—. Y no olvides los cinco que sacaste del plato. Y a propósito: ten cuidado del camarero. Creo que te vio.

—¡No estás borracho! —dijo ella ahogando un grito.

—Tú no eres una bruja —dije con una sonrisa. Le soplé un beso y salí corriendo.

Siempre la recordaré así, con aquellos ojos redondos, un poco más asombrada que resentida, los amados signos de dólar borrándose de aquellos intensos ojos marrones, el pequeño y patético movimiento de caderas como último recurso.

¿Alguna vez intentaste encontrar una cabina de teléfono a las cinco de la mañana? Casi troté nueve calles antes de encontrar un taxi, y tuve que cruzar el Puente Triboro hasta Queens para encontrar una gasolinera abierta.

Marqué. El teléfono dijo:

—Hola.

—¡Kelley! —rugí, contento—. ¿Por qué no me lo dijiste? Me habrías ahorrado sesenta dólares de la diversión más deprimente que jamás...

—Soy Milton —dijo el teléfono—. Hal acaba de morir.

Mi boca seguía abierta y creo que se quedó así. De todos modos, cuando la cerré hacía frío dentro.

—Voy para ahí.

—Mejor no vengas —dijo Milton. Le temblaba la voz, sobre la que no tenía ningún control—. A menos que realmente quieras... no hay nada que hacer, y voy a andar... ocupado.

—¿Dónde está Kelley? —susurré.

—No lo sé.

—Bueno —dije—. Llámame.

Volví al taxi y me fui a casa. No recuerdo el viaje.

A veces me parece que soñé que vi a Kelley aquella mañana.

Mucho alcohol y suficiente emoción como para contrarrestarlo, mezclado con treinta horas sin dormir no produce otra cosa que una pérdida de conciencia. Salí de ese estado de mala gana, sintiendo que éste no era el tipo de mundo del que valía la pena tener

conciencia. No hoy.

Me quedé mirando la biblioteca. Estaba todo muy silencioso. Cerré los ojos, giré sobre la cama, hundí la cabeza en la almohada, abrí de nuevo los ojos y vi a Kelley sentado en el sillón, acomodado de aquella manera felina, piernas demasiado largas, brazos demasiado largos, ojos demasiado rasgados y sólo parcialmente abiertos.

No le pregunté cómo había entrado porque ya estaba dentro y era un placer tenerlo allí. No dije nada porque no quería ser yo el que le contara la noticia de Hal. Además, aún no estaba despierto. Me quedé allí sin hacer nada.

—Me lo contó Milton —dijo—. No podemos hacer nada.

Asentí.

—Leí tu cuento —dijo Kelley—. Encontré algunos más y también los leí. Tienes mucha imaginación. Se puso un cigarrillo entre los labios y luego lo encendió.

—Milton sabe muchas cosas. Los dos pensáis muy bien hasta cierto punto. Entonces el exceso de conocimiento lo tuerce a él hacia un extremo. Y el exceso de imaginación te tuerce a ti hacia el otro extremo.

Fumó un rato.

—Yo creo que pienso recto hasta el fondo, pero me lleva un rato.

Me masajé los ojos.

—No sé de qué hablas.

—No importa —dijo Kelley con voz tranquila—. Mira, ando buscando lo que mató a Hal.

Cerró los ojos y vi una cara pequeña, mala, bonita, vacía.

—Estuve casi toda la noche con Charity.

—Ah, sí.

—Kelley —dije—, si la andas buscando a ella, olvídate. Es una mujerzuela sórdida pero también es una niña que nunca tuvo una oportunidad. No mató a Hal.

—Ya lo sé. No me importa esa mujer, en ningún sentido. Pero sé qué fue lo que mató a Hal, y lo voy a perseguir de la única manera de conozco.

—Muy bien —dije. Dejé que mi cabeza se hundiese otra vez en la almohada—. ¿Qué lo mató?

—Milton te contó lo del muñeco que Hal regaló a esa mujer.

—Sí. Me lo contó. Con eso no pasa nada, Kelley. Para que alguien sea víctima del vudú, tiene que creer que...

—Sí, sí, sí. Ya me lo dijo Milton. Dedicó horas a decírmelo.

—Bueno, ¿y entonces?

—Tú tienes imaginación —dijo Kelley con ojos soñolientos—. Imagina un poco conmigo. ¿Milton te contó que algunas personas, si les apuntas con una pistola y disparas, se mueren aunque no haya en la pistola más que balas de fogueo?

—No me lo contó, pero lo leí en algún sitio. Es la misma idea.

—Imagina ahora que todos los disparos que oíste fueron como éstos, con balas de fogueo.

—Continúa.

—Necesitas muchas pruebas, muchos expertos para demostrar eso de las creencias

cada vez que le disparan a alguien.

—Entiendo.

—Ahora imagina que aparece alguien con munición real en la pistola. ¿Crees que a esas balas les va a importar algo lo que crea la gente?

No dije nada.

—Hace mucho tiempo que la gente fabrica muñecos y les clava alfileres. Cuando alguien cree que eso tiene poder, sufre las consecuencias. Supongamos ahora que aparece alguien con el muñeco que se usó como modelo para hacer todos esos otros muñecos. El auténtico.

Me quedé quieto.

—No tienes que saber nada sobre él —dijo Kelley con voz perezosa—. No tienes que ser nadie especial. No tienes que entender cómo funciona. Nadie tiene que creer nada. Todo lo que tienes que hacer es indicarle qué trabajo quieres.

—¿Indicarle cómo? —susurré. Kelley se encogió de hombros.

—Ponle un nombre al muñeco. Ódialo, quizá.

—Dios mío, Kelley, ¡estás loco! ¡Eso es imposible!

—Tú te comes un bistec —dijo Kelley—. ¿Cómo hacen tus intestinos para saber con qué se quedan y qué dejan pasar? ¿Tú lo sabes?

—Algunas, personas lo saben.

—Tú no. Pero tus tripas sí. Por lo tanto hay muchas leyes naturales que funcionan aunque nadie las entienda. Muchos marineros se ponen a manejar el timón sin saber cómo funciona su mecanismo. Yo, por ejemplo. Sé adónde voy y sé cómo llegar allí. ¿Para qué me sirve saber cómo funciona o si alguien cree en eso?

—Muy bien. Entonces ¿qué vas a hacer?

—Encontrar lo que mató a Hal.

El tono era de pereza pero la voz era muy profunda, y yo sabía cuándo no debía hacerle más preguntas.

—¿Por qué me lo cuentas? —me limité a decir, con cierto fastidio.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—¿Qué?

—Por un tiempo no digas a nadie lo que te acabo de contar. Y guarda algo para mí.

—¿Qué? ¿Durante cuánto tiempo?

—Ya sabrás.

Me habría levantado y me habría reído de él a carcajadas si él no hubiera elegido ese preciso instante para levantarse e irse de la habitación.

—Lo que me da rabia —dijo con suavidad desde la habitación de al lado— es que me podría haber dado cuenta hace seis meses.

Me dormí esforzándome por oírlo salir. Nunca en mi vida vi a un hombre tan grande que hiciera tan poco ruido.

Cuando desperté ya era por la tarde. El muñeco me miraba desde la repisa de la chimenea. La cosa más fea que ha existido jamás.

Vi a Kelley durante el entierro de Hal. Él y Milt y yo fuimos a tomar unos tristes tragos. No hablamos de muñecos. Por lo que sé Kelley se embarcó a continuación. Es lo

que uno supone cuando un marinero se pierde de vista. Milton estaba tan ocupado como cualquier médico, que es mucho. Dejé el muñeco donde estaba una o dos semanas, preguntándome cuándo vendría Kelley a realizar su proyecto. Lo más probable era que lo hiciera cuando estuviera preparado. Mientras tanto respeté su petición y no dije nada a nadie. Un día en que venían unas personas lo metí en el estante superior del armario y terminó quedando allí.

Alrededor de un mes más tarde empecé a notar el olor. Al principio no pude identificarlo, pues era demasiado débil; pero fuera lo que fuese, no me gustaba. Descubrí que salía del armario y después del muñeco. Lo saqué de allí y lo olí. Sentí que me quedaba sin aliento. Era el mismo olor que muchas personas quieren olvidar: lo que Milton llamaba carne necrósica. Estuve a punto de arrojar aquella cosa asquerosa en el incinerador, pero una promesa es una promesa. Lo puse en la mesa, donde se desplomó repulsivamente. Una de las piernas estaba rota por encima de la rodilla. Era como si tuviera dos articulaciones. Y estaba hinchado y tenía aspecto enfermo.

Tenía en algún sitio una vieja campana de vidrio que en otra época había tenido un reloj dentro. La encontré y también un pedazo de linóleo, y puse el muñeco debajo de la campana para al menos poder convivir con él.

Trabajé y vi a gente —una vez cené con Milton— y pasaron los días y una noche se me ocurrió echar un vistazo al muñeco.

Estaba en un estado lastimoso. Yo había tratado de alejarlo del calor, pero parecía que se estaba derritiendo y aplastándose. Por un instante me —preocupé pensando qué diría Kelley, y después lo maldije con ganas y llevé aquella porquería al sótano.

Calculo que habrían pasado dos meses después de la muerte de Hal cuando me pregunté por qué había supuesto que Kelley tendría que pasar a buscar aquel pequeño horror antes de hacer lo que tenía que hacer. Dijo que iba a perseguir lo que había matado a Hal, e insinuó que era el muñeco.

Bueno, pues lo estaba pagando bien caro. Lo saqué del armario y lo puse debajo de la luz. Seguía siendo una figura, pero era un verdadero desastre.

—Vamos, Kelley —me regodeé—, sigue pegando fuerte.

Milton me llamó y me pidió que nos encontráramos en Rudy's. No tenía buena voz. Tomamos la copa más corta de toda nuestra historia.

Estaba sentado en un reservado del fondo mordiéndose las mejillas por dentro. Tenía los labios grises y derramaba el líquido cuando lo acercaba a la boca.

—¿Qué demonios te pasó? —dije asombrado.

Me miró con una sonrisa espantosa.

—Soy famoso —dijo. Oí cómo le repiqueteaba la copa contra los dientes—. Pedí la opinión de tantos médicos en el caso de Hal que supuestamente soy un especialista en esa... enfermedad.

Con dificultad, usando las dos manos, puso la copa sobre la mesa. Trató de sonreír, y ojalá no lo hubiera hecho. No hizo más intentos, y estuvo a punto de ponerse a lloriquear.

—No puedo volver a cuidar de ningún otro. No puedo.

—¿Me vas a contar qué paso? —pregunté con dureza. A veces eso da resultado.

—Ah, ah, sí. Bueno, trajeron a... a otra persona. Al centro hospitalario. Me llamaron.

Igual que Hal. Quiero decir, *exactamente* igual que Hal. Sólo que no tendré que cuidar de ésta, porque no será necesario. Murió a las seis horas de llegar.

—¿Era una mujer?

—¿Sabes todo lo que habría que hacerle a alguien para dejarlo en esas condiciones?

—dijo con voz estridente—. Habría que atarlo de cierta manera para mortificarlo. Habría que usar quizá una lima, un garrote; restregar las heridas con algo sucio. Habría que romperle los huesos con un torno.

—De acuerdo, de acuerdo, pero nadie...

—Y habría que hacerlo durante unos dos meses, todos los días, todas las noches. —Se restregó los ojos. Se hundió tanto los nudillos que le agarré las muñecas—. Sé que no lo hizo nadie. ¿Acaso dije que lo hizo alguien? —ladró—. Nadie le hizo nada a Hal, ¿verdad?

—Bébetelo.

No bebió.

—No hacía más que repetir aquello —susurró—, una y otra vez, a todos los que le hablaban. Le preguntaban: «¿Qué te pasó?», o «¿Quién te hizo eso?», o «¿Cómo te llamas?», y ella decía: «Me llamó Muñeca. » Era lo único que decía: «Me llamó Muñeca.» Me levanté.

—Adiós, Milt.

Parecía angustiado.

—No te vayas, por favor. Apenas acabas de...

—Tengo que irme —dije.

No miré para atrás. Tenía que salir y hacerme algunas preguntas. Pensar.

¿Quién es el culpable del crimen?, me pregunté. ¿El que aprieta el gatillo o la pistola?

Pensé en aquella pobre cara pequeña y bonita, tan vacía, con aquellos ávidos ojos marrones, y en lo que había dicho Kelley: «No me importa esa mujer, en ningún sentido. »

Pensé: cuando se estaba retorciendo y quebrándose y astillándose, ¿qué le parecería al muñeco? Pero a la mujer nunca se le ocurrió hacerse esa pregunta.

Pensé. Acción: una chica arroja un ventilador a un hombre. Reacción: el hombre arroja la chica al ventilador. Acción: una rueda se atasca en un eje. Reacción: saca el eje de la rueda. Situación: no podemos meternos dentro. Solución: saquemos el eje afuera.

Es una manera de pensar.

¿Cómo matas a una persona? Usa un muñeco. ¿Cómo matas a un muñeco?

¿Quién tiene la culpa, el que aprieta el gatillo o la pistola?

—Me llamó Muñeca.

—Me llamó Muñeca.

—Me llamó Muñeca.

Cuando llegué a casa estaba sonando el teléfono.

—Hola —dijo Kelley.

—Se deshizo por completo —expliqué—. El muñeco se deshizo. Kelley —dije—, no te me acerques.

—De acuerdo —dijo Kelley.